

El Testimonio Del Señor Y La Necesidad Del Mundo



Ediciones Tesoros Cristianos

Theodore Austin-Sparks

CONTENIDO

Prefacio.....	4
Capítulo 1 - La necesidad del mundo: vida.....	5
.	
Capítulo 2 - El instrumento del testimonio.....	16
Capítulo 3 - Nuestra necesidad: una visión de Dios.....	27

PREFACIO A LA EDICIÓN BRASILEIRA

Así como A. W. Tozer, T. Austin-Sparks ha sido ampliamente considerado como uno de los profetas de mayor proyección de la iglesia del siglo XX. Sus obras en inglés son altamente estimadas en Inglaterra y en las otras regiones de lengua inglesa del mundo, y han sido acogidas con abundantes elogios por muchos muy conocidos líderes cristianos, incluyendo a Watchman Nee, de China, y a Bakht Singh, de India. Por eso, nuestra gratitud es debida a aquellos que son responsables por la publicación de la presente traducción.

El propio valor intrínseco de esta obra, asegura que será recibida con aprecio. Heredados de G. Campbell Morgan y Jessie Penn-Lewis cuando joven, y aprendido a los pies de esas personas, el señor Sparks tiene un profundo conocimiento de la Palabra de Dios y un singular discernimiento espiritual, unidos a los dones de consideración original y vigorosa expresión. Como alguien que percibió el valor de las obras de Sparks cuando las leyó por primera vez, en inglés, hace muchos años, estoy especialmente contento al verlas disponibles en portugués (y en español) a un amplio círculo de lectores, y cordialmente las recomiendo a todos los santos que hablan estos idiomas.

Christian Chen
Flushing, N.Y., abril de 2000

Capítulo 1

LA NECESIDAD DEL MUNDO: VIDA

“¹Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, ²que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, ³acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, ⁴que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, ⁵y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre; ⁶entre las cuales estáis también vosotros, llamados a ser de Jesucristo” (Ro. 1:1-6).

Con lo que dice respecto a la (verdadera) necesidad del mundo, todo puede ser resumido en una palabra: vida. No importando por cuál ángulo lo analicemos, siempre llegaremos a constatar que esa es la necesidad.

Tenemos evidencias que sustentan ese hecho en todos los sentidos, y podemos reunirlos en algunas formas específicas de expresión de esa necesidad.

Comencemos por el ámbito más amplio. Evidenciamos la necesidad del mundo en los dominios de la impiedad. No necesitamos detenernos mucho en esa esfera, pero es muy patente cómo lo que presenta el mundo fuera de Cristo, de una forma nueva, con una intensidad también nueva, su anhelo de vida, su necesidad de vida. Ese mundo posee sus propias ideas con relación a la forma cómo debe ser encarada tal necesidad, y su búsqueda por vida toma una forma peculiar, la forma característica de la ceguera, de las tinieblas y de la ignorancia del mundo. Entonces, es evidente que el mundo procura vida. No queremos decir con eso que esté buscando la vida en Dios. No queremos decir con eso que el mundo esté buscando de aquello que entendemos por vida, esto es, una vida divina, espiritual y eterna, sino de aquello de lo que llaman “vida”. Vida es lo que el mundo desea.

Pasando de ese reino más exterior, de la multitud de hombres y mujeres impíos, a círculos más interiores, testificamos la

necesidad que está claramente sustentada (tal vez, nuevamente en ignorancia) por aquello que podemos llamar como “la iglesia normal”. En cuanto a la distancia a que la “iglesia” nominal y secular está situada de la real naturaleza de su necesidad, tal vez no seamos capaces de juzgar, pero esa “iglesia” proporciona una verdadera y auténtica evidencia de consciencia de su necesidad; y, por los medios que emplea y métodos que adopta, que la vida es del que la anhela. El propio hecho de estar entrando tan duramente en competición con el mundo en lo que dice respecto de los placeres, diversiones, celebraciones y muchas otras formas de ocupación, es, por un lado, una prueba de su consciencia respecto de la falta de algo que satisface y, por otro lado, revela que solamente lo que puede ser llamado “vida” justificará su existencia. Tal vez, a pesar de estar inconscientes de la suma de las implicaciones de sus caminos, deja claro que la necesidad es de vida, y que solamente vida la satisfará. Se podría decir que estar sin esas cosas que ella adopta, es estar muerto; y en ese reino —un reino absolutamente superficial—, frecuentemente oímos a personas hablar de una “comunidad religiosa avivada”, porque posee muchas de las actividades que la caracterizan como tal. Ellos afirman: “¡Eso es una iglesia avivada!” Y cuando preguntamos: “¿Qué quieren ustedes decir con estar avivada? ¿Cuáles son las características de esa vida?”, la respuesta es la siguiente: “Es por varias razones; es avivada porque tiene un grupo animado y una buena programación de conciertos, además de muchas otras cosas”. ¡Eso es lo que significa ser avivado! Entonces, la búsqueda de la iglesia es por vida, aunque de modo ciego y confuso, pues todo eso revela que solamente la vida puede justificar su existencia, y solamente ella, la vida, corresponderá a su necesidad.

Avanzando, tal vez, un poco más hacia la esfera interior, verificamos un gran número de movimientos religiosos cuestionables y confusos, con su extraordinario alcance, cosas sobre las cuales debemos tener serias dudas, y en las cuales nunca deberíamos depositar la total confianza de nuestro corazón. Los vemos como movimientos religiosos, con un evangelio aparte, en un estadio mayor o menor, barriendo la tierra, atrayendo y llevando multitudes consigo, arrastrando a millares tras de sí, y preguntamos: “¿Cuál es el secreto del éxito de esas cosas?” No es necesario que investiguemos mucho para descubrir que hay serias dudas con relación a la sanidad de su posición y de sus

doctrinas. Hay serias carencias en algunos, y serios énfasis en otros. ¿Cuál es el secreto de ese éxito de barrida, y por qué muchos son capturados y arrastrados por ella? La respuesta es que estas cosas tienen cierta semejanza de vida; ellas son la compensación ante un estado de muerte espiritual religiosa. Ellas están en contraste con lo que es meramente tradicional e histórico, que se formó estando moribundo. Es eso lo que, denominado “vida” por aquellos que llevan consigo a tantas personas, da a ellos el éxito. Cuando se considera la panorámica de la visión divina y espiritual acerca del éxito, y la aplicamos al ámbito de esos muy exitosos movimientos cristianos, se evidencia el hecho de que, al final, lo que el mundo necesita en todos los aspectos es vida.

Hay una esfera aun más íntima, en la cual encontramos el testimonio de los hijos del Señor que están espiritualmente hambrientos. No debemos sobreestimar eso; no debemos ser llevados a imaginar que las cosas están mejores en ese aspecto de lo que realmente están, pues sólo se puede probar con exactitud que las personas están espiritualmente hambrientas examinándose sobre cuánto estén preparadas para sacrificarse a fin de saciar su hambre, y sobre cuánto están preparadas para sufrir y soportar. Pero, a pesar de que igualmente se examine este grupo, indudablemente por todo el mundo hay hambre entre los hijos del Señor, que se está revelando, y no es difícil percibir. En casi todos los lugares, existen aquellos que están completamente desilusionados con lo que hay de disponible en términos de vida y alimento espiritual, y la pregunta que ha sido hecho en todas las direcciones es: “¿Dónde podemos obtener sustento espiritual?” El crecimiento y el tremendo desarrollo del movimiento de convenciones entre los propios hijos del Señor, es una luz lateral; el hecho es que si cualquier siervo o siervos de Dios tuvieran realmente alguna provisión espiritual para dar, los hambrientos siempre encontrarán a aquellos que están listos para hacerlo, y habrá continuamente una puerta abierta para tal ministerio. Eso, con tantos otros síntomas e indicaciones, es una evidencia del hecho de la existencia, en todas las esferas, de una profunda y fuerte necesidad de vida, de aquello que es activo.

Esa es la situación general en lo que concierne a la necesidad del mundo. Todo está resumido en una sola palabra: vida.

¿Qué entendemos por vida?

Pero debemos analizar y definir esa palabra. Si preguntásemos a cualquier persona lo que entiende por “vida”, creo que descubriríamos, queriendo utilizar o no las mismas palabras, que el pensamiento sobre el asunto y la búsqueda del corazón pueden ser expresados básicamente en tres palabras:

1. Realidad. Comúnmente se entiende por realidad la experiencia viva de aquello que se quiere decir y de lo que se desea, en contraposición a una teoría, a una doctrina, a un credo, a una forma; es aquello que viene de lo más íntimo del ser como una realidad viva. Probablemente, la palabra “experiencia”, por sí sola, sería más utilizada que cualquiera otra, pero todas siempre tendrían el sentido de “realidad”. Para las personas, vida significa lo que es real, en contraposición a aquello que es solamente teórico, abstracto, un mero enunciado de palabras.

2. Poder. La segunda palabra que más aparecería en una búsqueda sobre lo que se entiende por vida sería “poder”. Utilizamos bastante el término “dinámico”. Eso es vida, no meramente como algo activo en oposición a algo inactivo, sino que es vida que implica poder, que es capaz de realizar lo que quiere que sea; es estar en una situación de capacidad, por poseer el recurso de la energía, de la vitalidad, de la eficiencia. Todo eso está implícito en la palabra “poder”.

3. Abundancia. En tercer lugar, en la definición de “vida”, sin duda alguna seríamos llevados a entender que su significado es “abundancia”. Otro término que podría ser utilizado es “satisfacción”, pero percibiéndose que el hombre no es fácilmente satisfecho, sería necesaria una abundancia inmensa para él llegar a una real satisfacción. Luego, esa “abundancia” es una característica de la “vida”.

Eso resume la necesidad del mundo: por un lado, es la vida, que significa realidad, la cual es inherente a la experiencia de vida, que indica poder, dinamismo, fuerza, capacidad, recursos para realizar, para alcanzar, para llegar a, para ser eficiente, en oposición a ser débil, derrotado, fracasado, incapaz de alcanzar un objetivo, y, por otro lado, es la comprensión de que hay un reino donde la necesidad más profunda es satisfecha, y por eso no es necesario buscar en otro lugar la respuesta a esa necesidad. Esa, pues, es la necesidad del mundo.

Estamos directamente ligados a la necesidad del mundo y al

testimonio del Señor; así, debemos buscar en el propio testimonio del Señor la respuesta a la necesidad del mundo. Tratamos acerca del mundo en todos los puntos, y el testimonio del Señor, por consiguiente, trata acerca del mundo en todos los puntos. No vamos a detenernos en el primer mundo mencionado, el mundo de los impíos, ni nos ocuparemos mucho del segundo, el mundo de la iglesia nominal y secular. Debemos estar más inclinados, de inmediato, a los otros dos, más especialmente al cuarto mundo mencionado, que es el de la necesidad espiritual del pueblo del Señor; pero podremos discutir sobre el reino de la cuestionable y confusa actividad cristiana.

La respuesta del testimonio del Señor: Resurrección

El testimonio del Señor es la respuesta a la necesidad en todos los aspectos, y tal como toda la necesidad está resumida en la palabra “vida”, la respuesta, representada por el testimonio del Señor, está resumida en la palabra “resurrección”. Una lectura muy superficial del Nuevo Testamento ya nos permite ver con claridad que “resurrección” es la palabra clave para la fe cristiana del Nuevo Testamento. Si usted aún no ha examinado, por ejemplo, el libro de los Hechos, señalando toda aparición de la palabra “resurrección”, y observando su contexto, usted ha dejado de hacer uno de los estudios más provechosos, útiles e importantes de este libro. Esa es la palabra clave para la fe cristiana del Nuevo Testamento.

La palabra “resurrección” también debe ser definida, así como definimos la palabra “vida”, y en este caso miramos al Nuevo Testamento, a fin de definirla con sus términos apropiados. “Resurrección”, como lo define el Nuevo Testamento, posee cuatro aspectos principales:

1. Primeramente implica una posición enteramente nueva para el hombre. Analicemos el peso y la fuerza total de cada una de esas palabras: *Una posición enteramente nueva para el hombre*. Por tanto, “resurrección” significa que ya no queda nada de lo antiguo, y que ahora todo es nuevo. Significa que el hombre está en una posición que jamás antes había ocupado, y que en nuestra nueva posición, nada de lo que ahora obtiene, antes lo podía obtener. Una de las cosas más importantes que todo el pueblo del Señor debe entender es que la resurrección en unión con Cristo significa que todo lo que se refiere a la posición debe ser perfecto y absolutamente nuevo.

2. En segundo lugar, la resurrección proclama que el mensaje básico de la fe cristiana es la cruz, pues no puede haber nada de nuevo en este camino hasta que todo lo que fuere antiguo sea lanzado fuera. A fin de asegurar que todo ahora es nuevo, el Señor, en forma definitiva, hace la separación entre lo nuevo y lo viejo; por tanto, la cruz es básica para la resurrección, porque la resurrección no incluye solamente el reino donde tiene lugar la muerte. Es inútil, es insensato hablar sobre resurrección con Cristo sin reconocer que eso presupone muerte con Cristo, y que la resurrección del Señor Jesús, a fin de tener un valor espiritual en nosotros, demanda que su muerte también haya tenido un efecto espiritual en nosotros.

El testimonio del Señor está en la resurrección, lo que implica una posición totalmente nueva para el hombre, y más que eso, un abandono completo de la antigua posición, con todo lo que está relacionado con ella.

3. En tercer lugar, en el aspecto positivo resurrección significa un poder plenamente nuevo en el hombre. Ese poder no es algo del hombre, de ninguna manera. La vida y la obra en resurrección en unión con Cristo se basa en el poder que viene únicamente de Dios, y ni siquiera un poco del hombre. Es aquí donde se encuentra la lamentable falla en la comprensión, pues el hombre no puede hacer cosa alguna, el hombre es irrelevante, el hombre no puede proporcionar una base de poder para la consumación de lo que existe en la esfera de la resurrección del Señor Jesús. Todo lo que hay en ese reino es de aquella naturaleza que ningún poder humano puede alcanzar, ni en la vida ni en el servicio. ¿No es extraño que, a pesar de ser tan claro, y a pesar del poder generalmente aceptado, toda la historia de la iglesia y la historia de la mayoría de los cristianos contradicen eso, pues la iglesia y multitudes de creyentes han procurado vivir como cristianos y hacer el trabajo del Señor con sus propias energías? Vea la enorme cantidad de energía humana que es utilizada en la actividad cristiana y sumada al cumplimiento de los fines cristianos. En casi su totalidad, lo que es llamado "cristianismo organizado", se basa en los proyectos del hombre y en el desarrollo de sus planes, programas, esquemas, empresas y propósitos; utilizando los recursos de la mente y del cerebro, de la voluntad, de lo que es material, de interés, de entusiasmo humano para alcanzar aquellos objetivos; pero después de tantos siglos, concluimos que, a pesar del enorme desarrollo y esfuerzo, lo que se ve no es proporcional a

lo que debía ser, esto es, se quedó corto en el proceso de consumación con relación al comienzo de la era cristiana.

Vea el poder de realización en aquellos primeros años. Vea cómo caían las cosas ante el testimonio del Señor al comienzo. Vea cómo toda fuerza que se oponía a ese testimonio, no soportaba y se rendía. Vea cómo hasta los poderosos imperios, que colocaban todos los recursos para apagar ese testimonio, ellos mismos fueron los derrumbados, mientras que el testimonio avanzaba. Y vea la capacidad de las fuerzas del mundo para resistir a ese testimonio hoy, para ponerse contra él, ¡para derribarlo! (Tal vez estemos errados en llamarlo “el testimonio”; realmente deberíamos llamarlo “cristianismo organizado”). ¿Qué significa eso? La respuesta está en la resurrección en unión con Cristo, pues en ella el poder es enteramente otro con relación a aquel del hombre. Es un poder completamente nuevo, todo de Dios, al cual el hombre ha de rendirse en lugar de retarlo o intentar usarlo.

4. En cuarto lugar, con la resurrección es establecido un conocimiento completamente nuevo. Eso es lo que es llamado “revelación”. Para aquellos que están verdaderamente en un camino espiritual y de vida, en el terreno de la resurrección hay un nuevo conocimiento que pertenece al carácter de la revelación divina por el Espíritu Santo. En otras palabras, es una enseñanza sobre el Señor Jesús realizada por el Espíritu Santo directamente al corazón del que cree. Eso, discordando íntegramente de que se acepte una historia cristiana, una tradición cristiana, una doctrina cristiana o un credo cristiano —lo que ha sido comúnmente aceptado como la interpretación de la fe cristiana a través de los siglos—, es lo que viene directamente al creyente como resultado del trabajo del Espíritu Santo en revelar a Cristo en el corazón. Esa revelación no es aparte de la Palabra, de las Escrituras, sino que es a través de las Escrituras; no es solamente comprender la letra de las Escrituras y conocer lo que hay en la Biblia, como se hace para conocer lo que hay en cualquier otro libro (incluso que se pueda considerar a la Biblia diferente y superior a todos los otros libros), sino que es como una iluminación a través de las Escrituras, a fin de que el contenido espiritual sea manifestado, no de una sola vez, sino amplia y progresivamente a través de las experiencias. Son necesarias las pruebas, las adversidades, las situaciones de perplejidad; de ese modo es pavimentado el camino para una revelación de Cristo para aquella necesidad

particular. Una revelación viva, activa y práctica de Cristo al corazón por el Espíritu Santo, es una apertura del gran reino de la realidad espiritual y eterna, reunida en la persona de Cristo. La resurrección denota ese tipo de conocimiento interior.

Necesitamos añadir algo más. Resurrección significa una plenitud enteramente nueva. Es decir que resurrección indica lo ilimitado; es moverse en un reino sin fronteras. Una experiencia viva y espiritual nos trae esa consciencia, de tal modo que no importa cuánto tiempo hayamos caminado con el Señor, o cuánto nos haya enseñado el Señor, o, incluso, cuán abundante pueda ser nuestra comprensión respecto del Señor; adquirimos la consciencia de que estamos apenas en el comienzo del camino. Es la entrada en un mundo sin límites, y hay infinitamente más para ser conocido de lo que ya se ha conocido o se conoce. Pero el corazón está sosegado, satisfecho en Cristo.

La resurrección trae la consciencia de que estamos en un lugar de plenitud, pero esa plenitud va tan lejos, que sabemos perfectamente bien que es posible avanzar siempre. Es algo muy bendecido y que debe ser ministrado en ese reino. La pregunta de muchos en el ministerio es la siguiente: “¿Seré capaz de perseverar? Puedo agotar todos los textos de la Biblia, y, entonces, ¿qué acontecerá?” Parece que las multitudes de predicadores ya han examinado todos los textos de la Biblia, y ¡y se han ido a sus propios textos! Es de resurrección que se tiene necesidad- ella trae consigo ese reino de una nueva posición, de un nuevo poder, de una nueva energía, de una nueva plenitud por medio de la cruz. Ese es el testimonio del Señor para la necesidad del mundo.

Reuniendo todo lo que he dicho, y colocándolo en otras palabras, tenemos lo siguiente: La necesidad que es suplida en el testimonio del Señor, es, en primer lugar,

Un conocimiento experimental del significado de la cruz

Esa afirmación es más desafiante de lo que puede parecer-nos en el primer momento. Analizamos todas las esferas donde encontramos muerte espiritual o, como colocamos, necesidad de vida –lo que indica que hay muerte en mayor o menor grado–, y preguntamos, con relación a cada una de aquellas

direcciones donde hay muerte: “¿Cuál es la causa de la muerte? ¿Cuál será el camino de la vida?” Concluimos, entonces, que la causa de la muerte es la ignorancia o el rechazo del significado de la cruz, hecho que posee una implicación interior. En muchas esferas, ese significado de la cruz no es conocido. Es una revelación completamente nueva. Todo lo que se sabe respecto de la cruz es aquel trabajo objetivo, grande y glorioso, que es, sin embargo, solamente de lo que Cristo hizo por nosotros por medio de la cruz; y hay poco o ningún conocimiento del inmenso alcance de aquel otro aspecto importante y esencial de la cruz: lo que Cristo hizo por nosotros nos debe traer beneficio. Esto es, si Él murió por nosotros, el efecto de su muerte debe estar registrado en nosotros, y hemos de morir con Él. Y nuestra muerte con Cristo no es solamente la muerte del pecado, sino la muerte del hombre natural. El hombre natural realmente puede ser muy bueno, de acuerdo con los patrones de este mundo, pero en la muerte con Cristo él habrá muerto con toda su bondad, tanto como con toda su maldad.

Eso es aceptado, podemos decir, en la esfera intermediaria de los que creen en eso como una doctrina, una verdad, que, sin embargo, no van más allá de eso. En otra esfera eso es rechazado, y lo que es llamado aspecto subjetivo de la cruz es rehusado. Encontraremos, en todas esas esferas, una carencia de vida espiritual. Puede haber mucha verdad, mucha doctrina, aquello que es llamado “luz”. Puede haber una buena tradición y la historia de un pasado poderoso, pero lo que se encuentra allí ahora es la muerte, una seria limitación de la vida espiritual; y se puede concluir, a la luz de eso, y de manera básica, que el significado completo de la cruz en una forma espiritual, no se puede obtener en otra parte. Luego, la cruz en su plenitud es la gran necesidad, y la cruz debe ser mostrada nuevamente al mundo, representada y expresada en la vida de los que pertenecen al pueblo del Señor.

En segundo lugar, anuncia que:

El poder de su resurrección ha de ser manifestado nuevamente en el mundo

Lo que anula el poder de Dios, neutraliza su expresión, opera contra su ejercicio y oscurece su manifestación es el hombre no crucificado. Si deseamos conocer el poder de Dios claramente

activo, el hombre natural paralizado, débil, endurecido y no crucificado, debe ser retirado del camino. Si Pablo fue un ejemplo del poder de Dios trabajando a través de un hombre, entonces, él también es un ejemplo claro de cómo aquello que es natural y actúa en su propia energía y sabiduría fue dejado de lado, para que ese hombre fuese conducido hacia abajo, a una posición bastante inferior y de total dependencia de Dios, no sólo espiritual sino también física, por toda la vida. Dice Pablo: *“⁸ Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. ⁹ Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos”* (1 Co. 1:8-9).

Y, en tercer lugar, la necesidad del mundo saciada por el testimonio del Señor implica

Una revelación viva de Cristo por el Espíritu Santo

No debemos predicar y enseñar sobre Cristo, sin tener una revelación de Cristo por el Espíritu Santo. Eso resume lo que hemos dicho.

Para enfrentar la necesidad debe haber instrumentos. Debe existir instrumentos individuales así como colectivos, aunque sean pequeños. Debe haber ministerios en los cuales todos esos hechos presentados sean verdad, y en los cuales la cruz se haya convertido en algo muy real con relación a abandonar todo lo que es natural del hombre, y en quien el poder de la resurrección de Cristo sea el poder en ejercicio, el poder que es de Dios y no del hombre, en el cual hay una viva comprensión de Cristo por la revelación e iluminación del Espíritu Santo.

La necesidad del mundo, en todas las esferas, ¿es de vida? La respuesta del Nuevo Testamento es: “Sí”; pero la resurrección es esa vida de la que se tiene necesidad. Resurrección significa, antes que todo, un lugar de muerte para que entonces pueda haber resurrección. Esa es la cruz en toda su plenitud. Debe haber el trabajo de aquel poder divino que es todo de Dios y no de nosotros mismos. Ese poder debe obtener instrumentos y reinar en ellos. No debe haber doctrina; eso no debe ser enseñado como tal; no debe haber lo que es llamado “luz”; sino

que debe haber revelación por el Espíritu Santo a través de la Palabra, a fin de que haya una creciente comprensión, la cual debe ser expresada, exhibida y mantenida en los vasos individuales y colectivos, y en los ministerios.

Esa es una visión general de la situación. Hay una gran cantidad de elementos reunidos en la médula del asunto, aunque no tenemos tiempo para enumerarlos. Pero siendo esa la necesidad, vemos en qué dirección es necesaria la oración. Estamos siendo nuevamente llevados a buscar al Señor con un propósito real de corazón, tanto para nosotros mismos como para su testimonio en las naciones de la tierra. Él traerá esas cosas otra vez a un lugar real, en el verdadero significado de la cruz, donde el hombre cesa su labor y se somete por entero al trabajo del Señor de la manera correcta, es decir, cuando el hombre cesa y da lugar a lo que es de Dios, de ese modo, donde eso fuere hecho, por medio de una definitiva experiencia de la cruz, inicial y continuamente, el Señor hará algo nuevo. En resumen, el Señor tendrá crucificados completamente a sus instrumentos, sus hijos, hombres y mujeres, los cuales estarán viviendo en Su poder, que es el poder de la resurrección, viviendo bajo un cielo abierto, con el Espíritu Santo revelando a Cristo al corazón. Esta es la dirección que debe tomar la oración: ¡que Él levante un ministerio así!

Capítulo 2

EL INSTRUMENTO DEL TESTIMONIO

“Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. ²Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios. ³Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; ⁴en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. ⁵Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. ⁶Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. ⁷Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Corintios 4:1-7).

Más de una vez hemos oído que lo que el mundo necesita hoy es otro Pablo. Pero dos cosas deben ser dichas en respuesta a esa afirmación.

Una es que otro Pablo, o incluso el propio Pablo, difícilmente daría oídos al mundo cristiano de hoy. Él se opondría tan severamente al cristianismo de nuestro tiempo, que harían con él, Pablo, lo que el judaísmo hizo con el Señor Jesucristo y con el propio Pablo al principio.

Lo otro que parece contradecir eso es que es muy necesario e importante recordar que Pablo fue un representante de la Iglesia, la cual era el vaso corporativo para el testimonio del Señor para esta dispensación, y que el Señor nunca pretendió repetir a Pablo personalmente, y tener un Pablo individual o en persona en cada generación de esta dispensación. Mas lo que el Señor pretendía era que toda la Iglesia fuese, en esta dispensación, lo que fue Pablo. Pablo fue colocado como un modelo, un representante, una personificación de toda la Iglesia para la dispensación, y aquello que era expresado por Pablo,

siervo de Dios, debía ser la real constitución de la Iglesia. Las características de la vida espiritual de Pablo debían ser las constitutivas de la Iglesia del el comienzo al fin de la dispensación, para que pudiésemos estar más próximos del blanco.

Así, diríamos que lo necesario hoy sería no otro Pablo, sino la Iglesia de acuerdo con Pablo, en su constitución espiritual. No es el Pablo individual o en persona, sino que es lo que veo espiritualmente a través de Pablo y con él, constituyendo a la Iglesia, constituyendo a todo el Cuerpo.

Un vaso escogido

Ese es el fundamento de nuestra presente consideración. Estamos lidiando con el vaso del testimonio, y sabemos que, al comienzo de la vida espiritual de Pablo, esa misma palabra fue atribuida a él. En las exactas primeras horas de su encuentro con Cristo en un camino de salvación, las palabras concernientes a él fueron: *“Un vaso escogido para mí”*. Descubrimos que en el pleno desarrollo de su vida espiritual, Pablo se convirtió en un instrumento representativo, o sea, un vaso con el cual la Iglesia debe estar conformada en lo que dice respecto de los componentes espirituales.

No estamos olvidando que la Iglesia debe tener a Cristo como modelo, que Cristo es el patrón de la Iglesia, que la Iglesia adquiere su carácter de Cristo y debe ser conformada a Cristo. Pero Cristo se reveló de manera peculiar a su siervo Pablo, en él y por medio de él puso propósitos prácticos relacionados con la Iglesia. Es necesario decir solamente que la Iglesia no fue revelada a través de Cristo de manera definida y sistemática, sino que Cristo reveló la verdad de la Iglesia de maneras definida y sistemática a su siervo Pablo y por medio de él. No es la Iglesia de Pablo, sino la Iglesia de Cristo; es más, la revelación de Cristo vino a través de Pablo. Es necesario recordar que ninguna revelación posee valor si fuere trabajada solamente en la experiencia de la persona misma a quien es dada tal revelación. Luego, son la historia y la experiencia espiritual de Pablo lo que da valor a la revelación, y de esta manera, la verdad se armó de valor práctico por haber sido trabajada en un hombre.

Al considerar ese vaso escogido, ese instrumento representa-

tivo, vemos algunos elementos que se encuentran relacionados.

El vaso anterior fue suplantado

Comenzamos diciendo que Pablo, de modo representativo, fue el vaso que suplantó a otro. Para explicarlo mejor, vamos a la propia Escritura, y comparemos dos pasajes.

En el conocido pasaje de Jeremías 18 encontramos la casa del alfarero, la rueda del alfarero y el vaso del alfarero. Leamos los versículos 3, 4 y 6:

“Y descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. ⁴Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla. ⁶¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel”.

Observa ahora los versículos del 7 al 10:

“En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos, para arrancar, y derribar, y destruir. ⁸Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles, ⁹y en un instante hablaré de la gente y del reino, para edificar y para plantar. ¹⁰Pero si hiciere lo malo delante de mis ojos, no oyendo mi voz, me arrepentiré del bien que había determinado hacerle”.

Ahora regresa a la epístola a los Romanos 9:21-25:

¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ²²¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, ²³y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, ²⁴a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles? ²⁵Como también en Oseas dice: Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada”.

Las implicaciones del contexto están perfectamente claras. Israel era una nación a la cual le había propuesto lo bueno. Pero esa nación hizo lo malo, y el Señor se arrepintió del bien, y la

arrancó. ¿Cuándo fue arrancada? Cambiando la metáfora, fue el día en que el Señor maldijo a la higuera. La nación de los judíos, que hacía lo malo ante los ojos del Señor, a pesar de su propuesta del bien para ella, fue, pues, rechazada.

Israel fue el primer instrumento, y se estropeó en las manos del Alfarero. El Alfarero prepara otro vaso conforme Su voluntad, para que tome ese lugar, para que lo sobrepase y para que cumpla el propósito que Él tenía en Su corazón, y que el otro vaso fracasara en cumplir. El instrumento que sustituyó al otro es la Iglesia, y Pablo es un modelo de eso, como el vaso escogido. La historia completa de Pablo revela claramente que Dios otro vaso introdujo en Su propósito, lo que hizo a un lado al judaísmo.

La importancia de la vida de Pablo ¿no fue que el judaísmo haya sido rechazado? ¿Y no fue este principal conflicto con el judaísmo el instrumento que aún procuraba colocarse dentro del propósito de Dios, sino a quien Dios repudiara? El Señor preparó otro instrumento, la Iglesia, para ser encajada en el lugar del primer vaso. Pablo era el modelo perfecto y, espiritualmente, la personificación de eso. Así, Pablo se convirtió en el representante, el vaso que suplantó al otro vaso.

Este hecho lleva consigo una consecuencia muy amplia y bien determinada a la Iglesia, pues en el pensamiento de Dios, la Iglesia es el instrumento que satisface espiritualmente todo el propósito que fuera representado por Israel, el cual, sin embargo, Israel dejó de cumplir. Los propósitos para Israel, motivo por el cual fue constituida esa nación, representan una esfera muy extensa de meditación. Esos propósitos son muchos y variados, y también maravillosos; pero Israel fracasó. Dios, entonces, introdujo un nuevo instrumento que cumpliera espiritualmente esos propósitos, que hiciese sobresalir todas las cosas espirituales relacionadas con Israel que estaban en segundo plano. Necesitamos solamente leer la carta a los Hebreos (cuya redacción creemos que verdaderamente haya recibido alguna influencia de Pablo, y una influencia bien definida) para ver que en la Iglesia existen espiritualmente todas aquellas cosas que estaban ocultas en el centro de la vida religiosa de Israel.

Dejemos ese asunto por un momento, cerrándolo con la siguiente posición: la Iglesia aparece y está representada por Pablo como algo que ocupa el lugar de un sistema religioso

meramente exterior, no obstante haber estado ese sistema en comunión vital con Dios, y asimismo habiendo sido acercado a Dios por Él mismo. Y en el mismo momento en que ese vaso falla en ser una fuerza espiritual en el mundo, deja de ser instrumento de Dios, un vaso de Dios. Y lo mismo habrá de ser dicho sobre el cristianismo, sobre cualquier parte del cristianismo que siga el mismo camino; inmediatamente deja de ser una fuerza espiritual en el mundo, deja de ser un instrumento de Dios.

Llegamos, pues, a nuestra primera conclusión: La Iglesia es convocada para que sea una fuerza espiritual, y no meramente un sistema religioso organizado. Ese es el vaso que vemos en Pablo, que está ligado a su persona.

Un recipiente nuevo

El segundo ítem, que es muy similar al primero, es el hecho de que Pablo represente muy claramente al nuevo recipiente, que es una nueva forma de vaso. Estamos tratando ahora acerca de la separación total y clara que se observa en la vida del apóstol, entre su antigua vida religiosa y lo que él tiene por medio de su nueva vida de comunión con el Señor Jesús. Todo vino a ser, sin duda, absolutamente nuevo. No estamos queriendo decir que solamente hubo una renovación. Hay una diferencia total entre renovación y novedad. Podemos hacer que algo viejo parezca nuevo, pero no es en ese sentido que nos estamos refiriendo al nuevo vaso. Él no era renovado. Sino nuevo. Eso era algo que nunca había ocurrido antes. Eso quiere decir que ocurrió el fin definitivo y consumado de una historia. La historia del apóstol Pablo antes de la experiencia en el camino de Damasco fue entera y definitivamente escondida. Aquella historia conoció su fin, y comenzó ahí una historia completamente nueva. Las dos están divididas por tres años de soledad en Arabia; y, entonces, tuvo comienzo algo completamente diferente de todo lo acontecido hasta entonces. No había nada que se pudiese aprovechar del pasado. Sería bueno que leyésemos nuevamente y con mucha atención las cartas de Pablo, para confirmar cuán integralmente enterrada estaba para él la historia pasada, y cuán absolutamente diferente y nuevo estaba todo desde cuando él vio quién era Jesús de Nazaret, y todo lo que estaba ligado a Él.

Ahora regresamos al punto que estamos presentando: que Pablo aparece como el representante del vaso del testimonio, la personificación de todas las características y principios espirituales de la Iglesia de acuerdo con la mente del Señor celestial; y en este segundo punto encontramos a la Iglesia definida como algo completamente nuevo, que no trae nada de lo que pertenece a la antigua vida. Eso implica novedad en su constitución, en todos sus miembros, en todos sus métodos, en todos sus significados, en todo lo que ella es y en todo lo que tiene. Nada trae de la vieja creación, de la vieja vida; o sea, hubo una historia que finalmente fue enterrada cuando la Iglesia fue concebida. Para dejarlo más claro, el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, está compuesta por un conjunto de personas que poseen una división clara entre una historia antigua y una nueva, y que no traen a su nuevo reino, a su nueva vida, a su nuevo servicio, elemento alguno de la vieja creación, ni tampoco algo religioso.

Pero esta ha sido la celada del enemigo para muchos: Si es admitido que traigamos alguna cosa de los viejos caminos pecaminosos o de la vieja vida de pecado, podemos traer alguna cosa religiosa. Pablo es ahora un ejemplo de lo que no es así. Él nos dirá que desde cuando fue concebida su vida religiosa, ella era furiosamente ardiente, apasionada, intensa, y él era extremadamente celoso (cfr. Gálatas 1:14). Él percibió que todo eso estaba errado y que eso era gobernado por fuerzas diferentes a las del Espíritu Santo.

Debemos tener en mente que cualquier vida gobernada por otra fuerza que no sea la del Espíritu Santo, es una vida de engaño. Aunque seamos tan intensos, vehementes y enteramente dedicados a los intereses del Señor, si estuviéremos colocando la fuerza de nuestra vida natural antes que ese entusiasmo, seremos las personas más engañadas e ilusas. Yo nunca tuve dudas sobre eso, pero hoy estoy más convencido de lo que jamás estuve de que la causa de la decepción es una voluntad natural fuerte proyectándose en asuntos religiosos; cuanto más fuerte fuere la voluntad natural en su acción en las cosas religiosas, más profunda será la decepción. En el caso de Saulo de Tarso, hay un deseo impresionante proyectado en la esfera religiosa, de tal modo que él tiene que confesar finalmente: *“Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret”* (Hechos 26:9). Él hizo lo que pensaba que era su

deber, pero se vio decepcionado al percibir que estaba trabajando exactamente en el camino opuesto de aquel en el que suponía estar trabajando. Hay un terrible peligro en el proyectar alguna parte de la propia vida natural en los asuntos de Dios.

En la mente del Señor, la Iglesia es algo nuevo, que trasciende los cielos, y sus energías y recursos espirituales son del Espíritu Santo. No nos es posible alcanzar eso hasta que tengamos enterrada definitivamente la historia de la vieja creación.

Es algo que debemos agarrar, aunque no logremos entenderlo por completo. Si parece algo fuera de nuestra comprensión, aun así lo debemos agarrar como podamos. La necesidad de que el Señor tenga un vaso nuevo, esto es, que tenga su vieja historia de la vida natural sepultada, y esté ahora totalmente bajo el control, gobierno y dirección del Espíritu Santo, es algo por lo cual debemos orar, para que el Señor gane un pueblo así. Es eso lo que queremos decir cuando declaramos que Pablo fue colocado por el Señor como un representante de la Iglesia y la personificación de los principios del verdadero Cuerpo de Cristo. Lo necesario, a través de esta dispensación, es que la naturaleza de la Iglesia sea aquello que está revelado por medio del apóstol Pablo: no traer ningún elemento de la vieja creación.

Divinamente encarcelado

El tercer factor en este vaso del testimonio es un hecho divino y definitivo de aprisionamiento. Pablo se presentaba como un prisionero de Cristo Jesús. Es la manera en que explicaba su experiencia en aquel camino, en el que él fue repentinamente aprisionado por los cielos. Él estaba preso. Es como si, en nuestro lenguaje actual, el Señor dijese: “¡Yo te atrapé! Estuve tras tu rastro durante mucho tiempo ¡pero ahora Yo te atrapé!” Y Pablo sabía que estaba preso. Mas fue un acto soberano, un acto de los cielos.

En lo que se refiere al aprisionamiento de Pablo, creemos que también en eso él representa a la Iglesia. La Iglesia no es algo que el hombre pueda crear. No es algo constituido por el hombre. No es alguna cosa que podamos organizar, reuniendo y multiplicando personas. No podemos hacer adeptos a la Iglesia.

La iglesia que hoy es llamada “la Iglesia” está constituida por aquellos que están bajo alguna especie de influencia humana y sujetos a quien los “trajo a la iglesia”; y el problema que se deriva de eso es que, cuando se quiere ver el orden divino restablecido en la Iglesia, da la impresión de que la mayoría de ellos jamás hubiesen venido. Ahí reside el problema, pues el punto central es que la Iglesia es divinamente constituida, es la expresión de la soberanía divina. Todo lo que podemos hacer es predicar a Cristo. Y todo lo demás lo hará el Espíritu Santo. Y cualquier miembro que no haya sido agregado por el Espíritu Santo a Cristo, será un factor de debilidad para Su Cuerpo. ¡Prisioneros de Cristo Jesús! ¡Estamos bien seguros en esa condición!

El vaso liberado

Ahora, en esa representación del vaso, vemos al vaso liberado. Nuestro principal medio para ver cuán complementemente ocurrió eso es, sin duda, la carta del propio Pablo a los gálatas, de la cual la palabra clave es *libertad*, “nuestra libertad en Cristo”. Ya sabemos cuál fue la dificultad enfrentada. Aquellos judaizantes aún veían a la Iglesia como algo semejante al judaísmo, con su orden, con su forma, con su sistema, con su ritual, cosas esas que querían imponer a cada convertido, llevando a cada convertido a cumplir la rígida letra de la ley. Pablo, en su propia experiencia, por medio de la revelación divinamente recibida, estaba completa y absolutamente contra todo eso, por haber visto que Cristo no es un conjunto de leyes y reglamentos, de ritos y formas exteriores, sino que Cristo cumplió todo eso en Su propia persona, y ahora confirma espiritualmente el valor de eso en Sus siervos. Él es el altar: Dios y el hombre se encuentran en Él. Él es el sacrificio; en Él el pecado es tratado. Él es el sacerdote, el único mediador entre Dios y el hombre. Él es el propio tabernáculo, y ahora toda la asamblea se reúne en adoración, ya no en templo alguno o en algún predio específico, por ser obligada a eso, sino en cualquier lugar en que Cristo sea el centro; Él constituyó a la Iglesia. La Iglesia no es constituida por una lista de miembros o un predio especial, un lugar de reunión; es ser una con Cristo en su esencia lo que es una expresión de la Iglesia. Él, por Su presencia en los Suyos y con los Suyos, es la Iglesia. Y luego que traspasamos todo el sistema, vemos que todo dejó de ser

algo exterior y se convirtió en un vínculo puramente espiritual con Cristo en un camino de vida. Pero los judaizantes dijeron: “¡No! ¡A menos que vosotros seáis circuncidados no podéis ser salvos! ¡Estas cosas deben ser observadas conforme a la ley!” Y de ese modo fue iniciada la batalla, y Pablo luchó para obtener la victoria a fin de liberar a los creyentes de toda la ley.

Hoy ya no necesitamos trabar esa batalla contra el judaísmo, pero ha surgido una situación semejante a medida que el cristianismo se fue convirtiendo en un sistema exterior de formas, ritos y órdenes, ampliamente gobernado, regulado y controlado por el hombre; la vida ha sido grandemente dejada por fuera, resultando en esclavitud y muerte espiritual. Pablo permanece como un instrumento plenamente liberado de toda esa suerte de cosas, y de esa manera él es una representación de la Iglesia, cuya libertad es de aquella naturaleza donde Cristo es todo –y conociendo a Cristo de manera viva lo tenemos todo. No estamos bajo ningún tipo de ley exterior, y nunca necesitamos temer quebrantar las leyes morales, si estuviéremos en un vínculo vital con el Señor Jesús. El vaso está liberado. Pablo le llama a eso “nuestra libertad en Cristo”.

La vocación del vaso

La vocación puede ser resumida en una palabra de 2 Corintios 4:7: “*Tenemos este tesoro en vasos de barro*”. ¿Qué tesoro? La iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. ¿Cuál es la vocación del vaso? ¿Cuál es el trabajo, el ministerio e la Iglesia? ¿Para qué somos llamados como participantes de eso? Para la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

Ese es un gran llamamiento, pero también es una gran búsqueda. Podemos atestiguar la membresía de la iglesia (si es que podemos utilizar tal palabra) con esa colocación de Pablo. Decimos que pertenecemos a la Iglesia y somos miembros de ella. Bien, ¿y en cuanto a la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo? ¡Ese es el propósito de la Iglesia! ¡Ese es el objetivo del vaso! Nada puede sustituir eso, pero un gran número de cosas puede ocultar ese hecho.

En el caso de Pablo, eso no solamente era verdad, como también hubo una maravillosa manifestación de Dios en aquel vaso, especialmente con relación a la vida de resurrección. Ese parece ser uno de los aspectos fundamentales de la revelación

de Dios en Cristo. Si buscamos los vestigios del conocimiento de la gloria de Dios en el Nuevo Testamento, concluiremos que la señal más excelente de la gloria de Dios es el poder de Su resurrección.

Tome nuevamente a Pablo como ilustración. Lea todo el catálogo de sus sufrimientos, de aquello por lo que él pasó, y véalo en su quebrantamiento, fragilidad y debilidad, “*en peligro de muerte, muchas veces*” (2 Co. 11:23), desesperándose de la vida, con la sentencia de muerte sobre él; y a pesar de eso, ¡cuánto ganó! ¡Qué ministerio! ¡Qué tremende realización! ¡Qué extensión! ¡Qué profundidad! ¡Qué plenitud! ¡Qué persistencia! Por causa de eso, él parece hoy más poderoso que en cualquier otra época. ¿Cómo explicar eso? Eso no se puede explicar como si fuese la capacidad física de Pablo. ¡No! Eso no se explica basándonos en valores humanos. Aunque pueda ser dicho mucho acerca de su intelecto, de su persistencia, de su maravillosa determinación y de todas las cosas realizadas, Pablo repudiaría todo eso. Y él lo hizo al decir: “*Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros*”. En otras palabras, él estaba diciendo: “Yo soy un frágil vaso de barro, y si hay alguna realización, si hay alguna persistencia, si hay alguna eficiencia, debe ser acreditada al poder, a la excelente grandeza del poder que es de Dios y no de mí mismo”. Eso es Dios en Su vaso, en el poder de la vida de resurrección.

Volviendo a nuestro pensamiento original, notamos que Pablo es un modelo de la Iglesia como a Dios le gustaría que fuesen todos los miembros, a fin de que haya aquello que nunca podrá ser obtenido en bases humanas: el poder de Dios en la resurrección. ¿Se siente usted como un frágil vaso de barro? ¿Cómo encara usted todo esto? Dice usted: “Bien, entonces no soy bueno, no puedo servir a propósito alguno, no hay utilidad en que se espere algo de mí, no he alcanzado lo necesario para ser de alguna utilidad al Señor”. Eso que usted dice, ¿es porque se siente un frágil vaso de barro? Pablo fue así, pero (un poderoso “pero”) podemos ver lo que es posible a través de frágiles vasos de barro: ¡la excelencia del poder de Dios!

La Iglesia, como la conocemos hoy, en todo tiempo está intentando ser algo diferente de un frágil vaso de barro; ella no quiere que el mundo la observe como tal. Quiere ser muy imponente, que pueda presentarse al mundo en su propio

pedestal y encararlo en sus propios términos. Sí, ella ha sustentado, o desarrollado, ese hábito de intentar impresionar al mundo con sus propios recursos. Pero en el Nuevo Testamento ella es un frágil vaso de barro. La comparación entre la eficiencia actual y la de aquel tiempo es muy triste, lamentable.

Vamos a concluir con una palabra de aplicación. Hemos visto lo que es el vaso del testimonio, y debemos estar prontamente más dispuestos a rogar que el Señor tenga un vaso de ese tipo; que seamos tales vasos individualmente; que el pueblo del Señor sea constituido como tales vasos en todos los lugares; que el Señor tenga un vaso, representado por individuos y grupos en la tierra, de acuerdo con el patrón de su siervo Pablo, por medio de quien Él dio la revelación de su propio pensamiento, de manera viva y experimental, con relación a lo que debe ser la Iglesia, el instrumento del testimonio. Eso es lo que acontece en un camino espiritual, en contraposición a un camino meramente histórico y tradicional; es lo que señala el fin de la historia de la naturaleza y el comienzo de la historia del Espíritu Santo en el hombre; lo que es soberanamente erigido por el propio Señor, y no constituido ni conducido por actividades humanas; es lo que es absolutamente libre en Cristo y para quien Cristo es todo y satisfaga toda la necesidad del hombre en aquello que está típicamente representado en el Antiguo Testamento: ritual, profeta, sacerdote y rey, altar y trono de misericordia, sacrificio y templo. Él es todo eso, y en Él está el conocimiento de la gloria de Dios llevado a través de frágiles vasos de barro en el poder de Su resurrección.

Ahora vemos cómo es levantado eso. ¿Pero es posible? ¿Hay alguna utilidad en rogar al Señor a fin de que alcancemos eso? Si fuere verdad que esa es la voluntad del Señor, estaremos errados si abandonamos cualquier cosa que el Señor haya revelado como Su voluntad, por más que tal cosa parezca imposible, aunque su restablecimiento sea excesivamente arduo —no obstante, es posible. Es posible individualmente. Es posible en usted, es posible en mí, que de alguna manera esas cosas se conviertan en reales. Y si es posible en individuos, ¿qué es el conjunto sino un agregado de individuos? Luego, el Señor puede hacer esa obra. Debemos rogar al Señor para que realice algo así en la tierra; no una nueva secta, una nueva denominación, una nueva organización, sino sus propios hijos viviendo en comunión con Él en esa base. Vamos a rogar por eso con mucha determinación.

Capítulo 3

NUESTRA NECESIDAD: UNA VISIÓN DE DIOS

“Sin profecía el pueblo se desenfrena” (Proverbios 29:18).

“El joven Samuel ministraba a Jehová en presencia de Elí; y la palabra de Jehová escaseaba en aquellos días; no había visión con frecuencia” (1 Samuel 3:1).

“¹Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de su sueño. ²Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él” (Zacarías 4:1,2).

“¹⁶Pero levántate(, Pablo,) y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, ¹⁷librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, ¹⁸para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados. ¹⁹Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial” (Hechos 26:16-19).

“¹Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, ²que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, ³acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne” (Romanos 1:1-3).

Si yo fuese cuestionado en cuanto a lo que considero que es la necesidad que involucra el mayor número de asuntos vitales entre el pueblo del Señor, resumiría todo en una palabra: *visión*, una visión dada por Dios. Si reflexionamos por algunos minutos, veremos que la Biblia está casi por entero relacionada con la vida, que toda la fe cristiana neotestamentaria es un asunto de visión, y la totalidad de la vida y servicios cristianos involucran visión.

La visión comprende dos aspectos: significa algo visto, y

también la capacidad de ver; es tanto algo presentado para ser visto, como la capacidad de ver lo que es presentado. Eso es visión. Puede haber una visión imperceptible en un primer momento, una presentación no discernible. Así ciertamente sería muy difícil que estimemos el valor y la importancia de la visión divinamente concedida.

En el Nuevo Testamento también es utilizada otra palabra para *visión*. Es la palabra “revelación” ese es un término muy amplio. Sin importar qué punto trataremos respecto de la vida cristiana del Nuevo Testamento, estaremos tratando de la visión o revelación.

El comienzo de la vida espiritual

En el Nuevo Testamento, el comienzo o el estado inicial de la vida cristiana es visto como un asunto de revelación o visión. Esto es una presentación al corazón y una comprensión de corazón sobre el Señor Jesús; y a menos que sea esa la naturaleza del comienzo de la vida cristiana, habrá una carencia esencial y vital. A cualquier vida cristiana que sea simplemente de consentimiento mental a ciertas proposiciones de la verdad cristiana, y de la asignatura del nombre en una hoja de papel que diga que usted se hizo cristiano, le falta algo que es esencial para hacer de ella una fuerza poderosa. En el Nuevo Testamento, los orígenes de la vida cristiana constituyen una revelación de Cristo al corazón en un entendimiento de Él de corazón. Es un asunto de visión espiritual interior. Esa visión puede ser de carácter absolutamente elemental, puede ser muy imperfecta en lo que concierne a la plenitud de Cristo, pero es suficiente para su propósito inmediato, y es tremendamente real para aquellos que la poseen, para aquellos que son capaces de decir, con las palabras que fueren: “Yo quiero ver al Señor Jesús como mi Salvador”. Cuando tal cosa puede ser dicha con realidad, eso representa visión, si esa es la visión del corazón. Entonces, cuando tratamos de los orígenes de la vida cristiana en el Nuevo Testamento, tratamos sobre la visión.

La continuación de la vida espiritual

Cuando tratamos de la continuación de la vida cristiana en el Nuevo Testamento, también nos topamos con visión. La continuación de la vida cristiana es el desarrollo, el crecimiento, el progreso, lo que implica la mayor plenitud de Cristo. Y cuando

se alcanza un entendimiento más pleno de Cristo en el Nuevo Testamento, cuando se logra algún progreso, algún movimiento, algún avance, algún desarrollo, algún crecimiento, se nota que eso siempre habrá sido por medio de una nueva visión o revelación. Es un desvelamiento adicional, una revelación más completa. Es una capacidad de ver concedida por el Espíritu Santo, y una nueva comprensión por parte del corazón sobre algo presentado. Es muy diferente de un mero conocimiento intelectual de la doctrina cristiana, lo cual puede quedarse corto frente a ese poder dinámico de expansión de la vida espiritual. El verdadero progreso, tal como lo encontramos en el Nuevo Testamento, tiene como base una revelación nueva, una revelación más abundante, una nueva visión. Teniendo eso como verdadero, un creyente activo tiene su progreso marcado por ser capaz de decir como decía al principio: “Yo quiero ver al Señor de una manera nueva, de una forma más abundante, con los ojos del corazón iluminados”.

La consumación de la vida espiritual

Lo que es verdad en cuanto al inicio y a la continuación, también lo es con relación a la consumación de la vida espiritual. Si tratamos de la consumación de la vida espiritual en el Nuevo Testamento, veremos que eso debe ser hecho con una revelación de Jesucristo. ¿Qué es la consumación de la vida espiritual? Es la aparición de Cristo, y surge ligada, total e inseparablemente ligada a la consumación de nuestro progreso espiritual. *“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él”* (1 Juan 3:1). Ese es el comienzo. *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”* (v.2). Esa es la consumación de la vida espiritual. Seremos como Él porque le veremos. Hay un maravilloso poder de cambio por el hecho de ver al Señor, desde el comienzo al fin.

La visión necesaria para el servicio

El mismo hecho es válido para el servicio. Observe el servicio en el Nuevo Testamento, y constatará que está ligado a la visión. Si el apóstol Pablo es una representación del verdadero

servicio espiritual, es patente que la visión fue la base de todo lo relacionado con él. “No fui rebelde a la visión celestial” (Hechos 26:19). Él fue constituido ministro y testigo porque el Señor se le apareció a él. Él hizo referencia a eso en su carta a los Gálatas con palabras que nos son muy familiares: “¹⁵*Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia,* ¹⁶*revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre*” (Gálatas 1:15,16).

La visión que libera

Cuán importante es, entonces, la visión, si es verdaderamente el cimiento, el fundamento, la base y la vida y servicio relacionados con el Señor Jesús. La visión ejerce un poder magnífico entre el pueblo del Señor. Uno de los efectos de la verdadera visión, de la visión dada por Dios, es separar a Su pueblo de todo aquello que sea menos que el Señor, y ese efecto tiene su importancia. Es un poder liberador. Y es en ese sentido que la visión es tan necesaria hoy en día. El pueblo del Señor está muy limitado, muy pequeño, muy exiguo, muy constreñido, muy preso, muy inhibido y muy corto en su horizonte espiritual. Ese pueblo está muy limitado por las aceptaciones comunes tradicionales, en lo que se refiere al sistema, por aquello de que lo que “era como en el comienzo, es ahora y siempre será”. Es algo que se hizo estático, inalterado.

El propio Pablo se movió dentro de una esfera muy rígida y fija, el reino de “tú debes y tú no debes” –reglas que podían ser aplicadas en un sin número de asuntos en la esfera de un sistema muy rígido de la vida religiosa– que aprisionaba, de manera bastante considerable, a esa tierra. Y entonces él tuvo la visión del Señor; y en el día en que recibió esa visión dada por Dios, se hizo libre de esta tierra, de todo lo que está ligado al mundo, incluso lo ligado de manera religiosa. Él fue librado de todo aquello que, con terrible poder, lo amarraba tan rígida y firmemente durante toda su antigua vida.

Este es –y ya nos referimos a eso– uno de los milagros del Nuevo Testamento: cómo un fariseo de la peor especie, un judío tan extremadamente radical como lo era Saulo de Tarso, pudiera ser separado de toda la tiranía y esclavitud del judaísmo, e ir exactamente a un lugar de libertad donde él podía decir algo así: “*Para nada cuenta estar o no estar circuncidados;*

lo que importa es ser parte de una nueva creación” (Gá. 6:15 - NVI). Piense en un hombre como Saulo de Tarso diciendo eso, dejando toda su historia tras de sí, con su nacimiento, su crianza, su instrucción. No es fácil librarse de algo que está en la propia sangre, así como ha estado en la sangre por varias generaciones. Así, tendríamos que ser de aquella costumbre, y nunca podríamos pensar de manera diferente. Eso no es algo pasivo, sino algo activo y enérgico en nuestro ser, haciéndonos tomar aquella dirección. Así era el judaísmo.

Toda aquella tremenda vehemencia de Saulo de Tarso lo hizo ser más celoso que los demás; *“aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso”* (Gá. 1:14), dijo él. Todo eso estaba en la sangre del hombre. Y ahora encontramos a un hombre libre de eso, repudiando a toda esa situación y regresándole al reverso, listo para combatir y derribar, ahora con una nueva fuerza y un nuevo poder. ¿Qué hizo eso? Fue la visión. No exactamente una visión mística, sino algo más allá de lo psíquico. Es el milagro de una revelación de Jesucristo, y nada más lo puede realizar. Ese tipo de visión nos libera de todo aquello que es menos que el Señor, incluso que se trate de algo de orden religioso.

Una visión que une

La verdadera visión, la que es dada por Dios, es un extraordinario poder unificador y de consolidación. Proverbios 29:18 toca ese punto. La Biblia de Jerusalén trae una buena traducción del versículo: *“Cuando no hay visiones, el pueblo se relaja”*. Ese versículo, más literalmente, sería: “Donde no hay visión, el pueblo se desintegra”, o, si usted prefiere, “se convierte en ruinas, cada uno se aísla, pierde su cohesión, pierde su solidez, el pueblo se extravía”. Esa es la pura verdad. Sólo debemos observar los días de Samuel: *“En aquellos días (...) Las visiones no eran frecuentes”* (1 Sam. 3:1), y ¿cómo fueron aquellos días? Días trágicos, días terribles. Uno de los trágicos frutos de aquello días fue que el pueblo haya dicho: *“He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones”* (8:5). Con tal petición, ellos rechazaron la teocracia, el que Dios reinara, y quisieron un hombre en lugar de Dios. Eso siempre es desastroso. Hasta aquella época, Dios había sido el rey de ellos, su Señor; Él había estado en el trono,

pero ahora ellos habían perdido la visión y colocado a un hombre en Su lugar. Y qué tragedia constituyó eso. El pueblo fue arrasado en aquellos días. Los filisteos consiguieron el dominio, el arca fue llevada en cautiverio, todo fue marcado por la debilidad y la desintegración; el pueblo estaba arruinado; no había visión.

Hay una patética carencia de cohesión entre el pueblo del Señor hoy en día. ¿Por qué toda esa desintegración, esas fragmentaciones, esas fracciones dispersas? ¿Por qué toda esa división entre el pueblo del Señor? ¿Por qué? Porque la interpretación humana ha tomado el lugar de la revelación del Espíritu Santo. ¿Eso es verdad? Oh sí, eso es verdad. Cuando el Espíritu Santo está en Su lugar y las personas están siendo iluminadas y enseñadas por Él, no hay dos mentes; hay una sola mente, una sola visión, una maravillosa integración. Esta es una tremenda necesidad hoy: que haya una nueva revelación por el Espíritu Santo al corazón del pueblo de Dios, y con la revelación se conviertan en un solo pueblo, gobernado por una sola visión. Así fue al comienzo.

Pero usted podrá decir: “Usted está proponiendo un proyecto de perfección, algo en lo que nadie más se atreve a tener esperanza de alcanzar actualmente”. Bien, yo me atrevo a esperar eso; no por algo que incluya a todo el pueblo del Señor, mas yo creo que un fragmento mucho mayor del que existe hoy es ciertamente posible. Somos llamados a orar a fin de que el Señor dé una visión a los instrumentos de Su ministerio en estos días en que Él traerá a Su pueblo hacia una nueva revelación de Sí mismo, y entonces lo irá uniendo, no como una organización, ni como una multitud de personas que aceptan cierta interpretación, sino unirlos espiritualmente, porque han querido ver al Señor de una manera nueva. Y todo lo que estamos pidiendo es que haya un ministrar así de Cristo en ese mundo, por la revelación del Espíritu Santo, para que todo lo que no sea de Cristo sea retirado, y el pueblo sea unido al Señor mismo. Y si estuvieren unidos con Él, entonces habrá unidad, y cesarán las divisiones.

La visión que sustenta

¿Qué es una visión con poder de sustentación? Tomemos una vez más al apóstol Pablo como ejemplo. ¿Qué lo mantenía avanzando? Si había un hombre, naturalmente hablando, que

debía desistir, ese hombre era Pablo. Me imagino a Pablo resignado a todo en algunas situaciones. Si yo o usted hubiésemos sido el pastor de la iglesia en Corinto, creo que habríamos desistido muy rápidamente. Tal vez en otros lugares, escogiésemos un ministerio pastoral itinerante (si eso no es una contradicción de términos), porque no soportamos el encargo local. Pero Pablo soportó hasta el fin; incluso cuando ellos desistían, Pablo no desistía de ellos. ¡Y cómo sufrió! Cuánta cosa hubo para hacerlo caer, pero él continuó hasta que pudo decir: *“He completado la carrera, he guardado la fe”* (2 Ti. 4:7). Puedo hasta escuchar un eco de las palabras del Maestro respecto de eso, de otra manera: “Ningún hombre puede tomar eso de mí, es de mi propiedad”. Es un continuar hasta el fin por el poder de Dios. Pero ¿qué sustentó su caminar? Fue su visión del Señor. La visión celestial. La revelación de Cristo es un gran poder de sustentación.

La naturaleza de la visión

Decir que lo que necesitamos es de una visión de Cristo, puede llevarnos muy lejos, a pesar de que percibamos la existencia de tal necesidad y el valor de la visión. En Romanos 1:1-3, Pablo dice que la revelación concerniente al Hijo de Dios fue dada por los profetas en las Escrituras. Pero lo que nosotros queremos ver, lo que necesitamos ver, es que en el Nuevo Testamento hay una convergencia, de manera espiritual, de los significados más profundos de las visiones de los profetas. En el referido presente pasaje al comienzo de la carta a los Romanos, respecto al Hijo, lo que fuera prometido por medio de los profetas, al menos tenemos la sugestión de que en el Nuevo Testamento está definido el valor espiritual de aquello que los profetas vieron, de aquello que estaba en la visión de los profetas. Ilustraremos tal colocación con algunos ejemplos.

Decimos que en el Nuevo Testamento tenemos, de manera espiritual, para nuestro entendimiento sobre Cristo, aquello que en verdad estaba inicialmente encubierto en la visión de los profetas. Tomemos cuatro ilustraciones de la visión profética.

La visión de Cristo como la soberana Cabeza de la Iglesia

Regresemos al profeta Isaías, en el capítulo 6 de sus profecías, y observemos ese conocido pasaje: *“En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y*

sublime, y sus faldas llenaban el templo" (v. 1). Es el Evangelio que concierne al Hijo, prometido en las Escrituras por medio de los profetas. Pero, ¿en qué lugar aparece el Evangelio? Eso es una cuestión de visión. ¿Cómo está eso representado en el Nuevo Testamento?

El Nuevo Testamento está lleno de la supremacía y de la sublimidad del Señor sentado sobre el trono, y el Nuevo Testamento está lleno de Sus vestiduras llenando el templo. En otras palabras, es la soberanía absoluta de Jesucristo como Cabeza de Su Iglesia. Dios lo resucitó de entre los muertos ²⁰... *sentándole a su diestra en los lugares celestiales ('sentado sobre un trono'),* ²¹*sobre todo principado y autoridad y poder y señorío ('alto y sublime'), y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero;* ²²*y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,* ²³*la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (las faldas de sus vestiduras llenaban el templo)"* (Efesios 1:20-23). Eso es una revelación de Cristo en Su encabezamiento sobre todas las cosas concernientes a la Iglesia, que es Su Cuerpo, la cual es la plenitud de Él.

Busquemos una visión de eso. Busquemos una revelación de eso a nuestro corazón por el Espíritu Santo, y veamos su poder de liberación y de sustentación. Esa debe ser la revelación presente en el corazón. Es eso lo que el Señor ha buscado revelar hace mucho tiempo y cada vez más a nuestro corazón.

En vista de que ese es el aspecto de la visión que nos fue presentado, usted y yo tenemos que buscar al Señor a fin de obtener la capacidad espiritual para ver tal aspecto. Y eso nos remite a otro fragmento de la misma carta: ¹⁷*"Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él,* ¹⁸*alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos"* (1:17-18). *"Iluminados los ojos de vuestro corazón"*: ese es el otro aspecto de la visión.

¿Va usted a orar para tener eso? ¿Va usted a orar para que todo el pueblo de Dios tenga eso? Cuando el pueblo del Señor alcance una nueva revelación espiritual por el Espíritu Santo sobre el soberano encabezamiento de Cristo, y comenzare a retener la Cabeza (Col. 2:19), sacando de la mente todo lo que es local, personal, diferente y disperso en el mundo. Ese es el

lugar de la unidad. No tendremos discordias entre nosotros, como hijos del Señor, si Cristo fuere la absoluta y soberana Cabeza en nuestra vida. Cuando el Señor Jesús alcance el dominio completo como Cabeza en nuestra vida, toda independencia de acción y vida, toda voluntad propia, todo rumbo propio, gloria propia y vindicación propia se irán enseguida. Esos son los elementos que nos separan los unos de los otros.

Mencionamos el libro de Isaías; debemos recordar que allí tenemos los resultados de una visión de ese tipo en el hombre Isaías. Tal visión tiene el efecto inmediato de humillarlo hasta el polvo. Sí, perdemos todo el orgullo, toda la importancia cuando vemos al Señor en gloria. “Ay de mí”. Eso es humillación. Entonces, tras la humillación viene la consagración: “*He aquí que esto (la brasa) tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado*”. Y tras la humillación y la consagración, viene el llamamiento. “*¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí*” (6:6-8).

Una vida adecuada a los propósitos del Señor para el servicio es el resultado completo de una revelación del señorío absoluto y soberano de Jesucristo. Concluimos eso del libro de Isaías, y así fue en el Nuevo Testamento. Vaya al libro de los hechos y podrá ver que el servicio ahí fluía como fruto de la exaltación de Cristo, a quien ellos habían visto.

La visión de Cristo en Su señorío universal

Pasando por Isaías, Efesios y Colosenses, nos movemos ahora hasta Daniel. Nos detendremos en unos pocos pasajes. No podemos ir al fondo en las visiones de Daniel, sino que resumiéndolas, ¿cuál será el resultado principal? ¿Ellas no representan el curso de la historia del mundo moviéndose en dirección a Cristo para su (de la historia) consumación? Los imperios pasan como un espectáculo teatral ante los ojos espirituales de ese profeta. Continuando en esta visión, él contempla esos poderosos imperios mundiales, cada uno siendo derribado antes de su sucesor. Y al final, él ve una piedra, lanzada no por manos, dividir la historia de ese mundo, y un reino edificado, cuyo fin no es visto y nunca será visto, y el dominio y la autoridad concedidos al pueblo del Altísimo, y el Altísimo viniendo a reinar, pues de Él es el derecho de reinar: esta es la consumación de la historia del mundo, el teatro de todos los imperios moviéndose en dirección a Cristo. Esa es una

gran lección espiritual, pero su valor espiritual aparece inmediatamente en la carta a los Colosenses, tanto como en otras partes del Nuevo Testamento, y ahí está perfectamente claro que el predestinado propósito de Dios para este mundo es que Cristo sea, al final, todo en todos, preeminente en absoluto en el universo, y a pesar de parecer que otros poderes están controlando la historia de este mundo, hay fuerzas mucho más poderosas controlándolo y pareciendo conducir su destino. Cuando Daniel vio esas fuerzas trabajando –como por ejemplo, durante las conquistas de Alejandro el Grande, en todo el mundo–, no hay duda de que él se maravilló con el fin que esperaba de ese imperio. Ese hombre, Alejandro, había capturado y conquistado todo, subyugando todas las cosas; y no había más reinos para conquistar, pues él ya poseía el dominio absoluto. Y entonces Daniel vio a Alejandro el Grande derribado con un soplo, destruido antes de que alcanzase una mediana edad, y vio otro poder que sobrevinía. Y Daniel vio más. ¿Cuál sería el fin de todo eso? Él ve el fin en las manos del Hijo del Hombre.

Notemos el mundo de hoy, y entonces cuestionaremos mirándolo naturalmente: “Bien, ¿qué acontecerá después? Las cosas van de mal en peor. Vea cómo están todas las cosas. Vea cuánta cosa terrible aconteciendo en el mundo”. Las vemos y preguntamos: “¿Cuál será el fin de eso?” El fin será Jesús en el trono del dominio universal. Nada puede evitar eso. Tenga eso en su corazón, y vea cuánto poder tendrá esa visión. La visión tiene un poder inmenso. Donde no hay visión, el pueblo ciertamente se hará pedazos, usted ciertamente caerá en pedazos si estuviese aprisionado a las condiciones del mundo, y si tales condiciones fuesen todo lo que usted pudiese ver; es el corazón del hombre debilitándose por el miedo; pero hace toda la diferencia cuando se tiene la visión.

Colosenses 1:16,17 establece definitivamente: “¹⁶Porque en él fueron creadas todas las cosas (...) Todo fue creado por medio de él y para él. ¹⁷Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”. Y Él está destinado por los eternos consejos de Dios para tener, al final, la preeminencia en todas las cosas (v. 18). El primer capítulo de la carta a los Colosenses es la suma espiritual de las visiones de Daniel.

La visión de la Iglesia como el Cuerpo de Cristo

Pasemos inmediatamente de Daniel a Ezequiel. Entre las muchas visiones de Dios concedidas a Ezequiel, seleccionamos una que nos es muy familiar, la del capítulo 40, la visión del templo que está para venir, el templo designado para la época final. La visión es de un ángel con una caña de medir, un bastón, viniendo y midiendo el patio y el templo, y tomando de manera detallada las medidas de todos los elementos relacionados con el templo: los muros, su complemento y extensión; cada pasaje, cada corredor, cada cámara, cada vaso; todo registrado en sus dimensiones exactas. Y está muy determinada la razón de esas cosas, como por ejemplo, para qué sirve cada cámara. Todo está descrito en su naturaleza, en sus dimensiones y en su propósito. Y fuera del templo, el río debajo del altar, brotando, ganando volumen, profundidad, longitud y fuerza, conforme va avanzando. Los árboles en ambos lados, continuamente generando frutos, y cuyas hojas nunca caen. Y usted pregunta: “¿Dónde está el Evangelio?” Regresemos nuevamente a la carta a los Efesios y tendremos todo ese hecho muy claro y descrito con precisión y explicado para nosotros.

Ese templo tiene su parte espiritual en la dispensación para la Iglesia, que es Su Cuerpo; he aquí, en ese templo, tenemos a Cristo manifestado como la Iglesia, y tenemos las medidas de Cristo, en las cuales Su pueblo ha de encajar, a fin de que cada uno ejerza una función, “*según la actividad propia de cada miembro*”, conforme lo expone Pablo en Efesios 4:16. Esa es su medida en Cristo. No esté en menor cuantía de esa medida, ni intente excederla. Entonces, alcanzaremos nuestra plena medida cuando estemos juntos. Pablo lo registra así: “*Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe (...) a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*” (v. 13).

No solamente tenemos una medida, sino que también tenemos un lugar para funcionar en Cristo, para que haya en ese Templo los lugares del ministerio, y cada uno tenga su lugar designado en el ministerio, y cada coyuntura funcione, y cada miembro cumpla su función: “*Porque (...) el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros*” (1 Co. 12:12), “*pero no todos los miembros tienen la misma función*” (Ro. 12:4), a pesar de que cada uno tiene su función; no la misma función, pero todos tienen un ministerio.

Y existen las cámaras para el descanso de los siervos del Señor. Los lugares de descanso. Y usted y yo venimos a

descansar en Cristo. Estamos tan familiarizados con eso, que tal afirmación ya no dispara sensación alguna que maraville nuestro corazón, sino que el Evangelio aparece en todo eso y vino por revelación por medio de los profetas.

Qué bueno sería si usted y yo tuviésemos la visión de la Iglesia como el Cuerpo de Cristo, del maravilloso orden celestial, según el cual a cada uno de nosotros es dada una medida, “*de acuerdo con nuestra medida*”, y que nosotros debemos ser operantes en esa medida. A cada uno de nosotros es dado un lugar en Cristo, y para cada uno es dado un ministerio en Cristo, y cada uno, por tener un lugar, una medida y un ministerio, debe conocer su propio descanso en Cristo. La revelación espiritual de la Iglesia como el Cuerpo de Cristo es algo maravilloso; y cuando vemos la Iglesia de ese modo, sentimos vergüenza de nosotros mismos porque siempre pensábamos que había alguna institución aquí en la tierra que fuese la Iglesia. En esa revelación celestial de lo que es la Iglesia, todos los santos tienen su lugar respectivo alcanzando su medida en Cristo y cumpliendo su ministerio en Cristo. Esa es la Iglesia, el Templo, “*un templo santo en el Señor*”. ¿Iría usted a rogar por esa visión? ¿Iría usted a rogar por esa visión, por esa revelación? ¿Iría usted a orar para que el pueblo del Señor en todos los lugares alcance eso? Debemos orar sobre eso. Esa es una necesidad hoy.

La visión del vaso vencedor

Vamos a encerrar ese libro con una palabra de Zacarías. Entre las visiones de Zacarías, está la del capítulo 4: “¹*Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de su sueño. ²Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él*” (vv. 1,2). Un candelabro todo de oro. ¿Qué es eso de acuerdo con la revelación del Nuevo Testamento? Eso es un instrumento enteramente de Dios, aquí en la tierra, para manifestar el testimonio de Jesús; algo enteramente de Dios; que no es hecho por el hombre ni constituido por el hombre, sino algo que produjo Dios, y en el cual hay un testimonio llameante de Jesús por el aceite del Espíritu Santo.

¿Quién dirá que el Señor no necesita de eso hoy? ¿Quién dirá que el pueblo del Señor no necesita volver a esto o ir en

dirección a esto: ser para Él un vaso, un instrumento, que sea totalmente constituido por Dios, hecho de aquellos elementos divinos de puro oro, en los cuales el testimonio quema y resplandece, y no cesa, porque el aceite incesante del Espíritu está fluyendo sin impedimento? Eso no es imposible. No está más allá de la voluntad del Señor para este momento.

Esos son los constituyentes de la visión del Señor Jesús. Ellos son apenas algunos aspectos de Cristo. ¿No lo son? Es eso lo que entendemos como la revelación de Jesucristo. Lo vemos como Cabeza de la Iglesia, soberano Señor, tan relacionado con Su Cuerpo, que espiritualmente Él es el Cuerpo y Su Cuerpo es Él mismo. Y aquí tenemos todo aquel significado de lugar, medida y ministerio y regocijo del Señor. Entonces, el Señor es aquí expresado en un vaso que es todo de Él, con su testimonio vivo quemando en ese instrumento.

No deje que eso sea meramente visionario. Pida al Señor que lo salve a usted de que eso se convierta en algo apenas visionario, y, ¡oh!, ore para que Cristo se convierta en una revelación viva en su corazón. No es algo de la mente o de la imaginación. Amado, eso es real. Puede ser colocado en un lenguaje más suave, en términos más sucintos, pero es lo que se ha convertido en la pasión del corazón de algunos de nosotros; es lo que ha liberado a algunos de nosotros; es lo que ha sustentado a algunos de nosotros; es lo que ha constituido el ministerio de algunos de nosotros. Entonces, podemos decir que es lo que está manteniendo juntos a algunos de nosotros, cuando nada más podría juntarnos. Es la capacitación del Espíritu Santo para que comprendamos a Cristo.

Concluimos con la pregunta hecha por el ángel: “¿Qué ves?” ¿Cuál es su visión? En primer lugar, ¿tuvo usted una visión? El progreso, el ministerio y todo lo relacionado con la vida son consecuencias de la visión; de otro modo no sirven para nada. ¿Qué ve usted? Cuando tenemos una visión también es importante que seamos capaces de declararla. Si usted tuviere una visión, ¿podría explicarla? ¿Usted podría declararla? ¿O ella quedará encerrada en usted?

Todo eso nos conducirá en el futuro a una oración muy definida. Esta es la dirección de la oración: el testimonio del Señor en realidad, un instrumento para ese testimonio, la verdadera visión espiritual, la revelación de Cristo al corazón. El pueblo del Señor en todas partes necesita de visión. Vamos a

orar para que sus ojos sean abiertos, orar para que nosotros, tanto cuanto sea posible, tengamos un ministerio de “abrir ojos”, y que esto sea verdad para nosotros: “¹⁷*Librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, ¹⁸para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados*”; “*cuando no hay visiones, el pueblo se relaja*”; “*no fui rebelde a la visión celestial*” (Hechos 26:17,18; Pr. 29:18 - BJ; Hechos 29:19).